

señora le hablaba y él asentía con la cabeza. Confieso que entonces lo vi, durante esos breves minutos, con una atención intensa y exclusiva. La memoria visual, ya lo sabemos, es caprichosa y guarda lo que quiere. Me entrega ahora un hombre de estatura mediana y de piel rosada. La otra, la memoria del alma, es más generosa y me concede una emoción purísima e intacta después de treinta y tres años.

Cruzó Borges la calle y se fue caminando por Santa Fe, hacia la plaza San Martín, probablemente hacia su casa. Yo también crucé la calle y lo seguí unas cuadras, a cierta distancia, asombrado en el fondo de que las cosas fuesen así, tan simples y tan enigmáticas, un hombre camina por la calle. Yo todavía lo sigo.●

La vida (a)leve

CADA QUIEN SE LLAMA COMO SE LLAMA

Todo parecía indicar que el Francés ya había regresado de Francia pero ningún signo señalaba su presencia. ¿Acaso el hecho de haber ido a la tierra que le daba nombre lo había abolido, como en esos casos de muerte por declaración repentina del nombre que, más que portar, somos? Parecía que por haber ido a Francia el Francés se había disuelto de la noche a la mañana. Los ojos se le evaporaban en una mirada vacía. En la voz le habían quedado adheridas algunas entonaciones, llevaba envuelto el cuerpo en ropas bien cortadas, de cierta calidad pero que de todos modos resultaban demasiado calientes para el clima del Ecuador. Del viaje había traído una certidumbre que llevaba cuidadosamente escondida debajo del brazo: no era nada excepcional ser francés entre franceses. A medida que esta certidumbre crecía en su interior, se volvía todavía más sólida la impresión de Francés que producía en los otros. Sí, quizá podría ser un francés. Después todo, ¿a cuántos franceses había conocido que pudiesen decir "Mi abuelo era francés"? A ninguno, prácticamente a nadie. Con la diferencia de que su abuela, a los cuantos años de haber envidado, cayó pérdida de amorada de un francés a quien la indeseable puntería de la Providencia borraría pronto de entre los vivos. La abuela a partir de entonces perdió no la razón sino la lengua madre que siempre había hablado y, jurando amor eterno al difunto parisino, trató de cumplir su promesa no hablando más que un francés que, a decir verdad, no dominaba del todo. De ahí que diera libre flujo a sus sentimientos a través de interminables cartas que todos los sábados iba a depositar a la capilla ardiente del finado. Jamás se supo qué era lo que le escribía la abuela a aquel señorito respingado que indudablemente se aburría mucho más en el cielo que en

la tierra. Seguramente el Francés tampoco sabía lo que decía aquella tempestuosa y unilateral correspondencia. Pero sí sabía una cosa: la abuela se pasaba toda la semana escribiendo para luego depositar sus mensajes en el cementerio con toda puntualidad. Durante mucho tiempo, el Francés no entendía por qué la abuela se dirigía con tanto ahínco a los muertos. Años después, cuando tuvo que confesarme que una buena parte de él mismo se había helado, sorda y ciega para la naturaleza los hombres y del mundo, pudo comprender lo que en realidad hacía su abuela. Dejó de sentirse compalido por el alias Francés pues sabía que había sido el crecimiento desmedido de éste el que había logrado que aquella parte ahora perdida de su persona fuese lengua muerta. "Parte" prefería decir porque, aunque así lo sintiese, era el corazón lo que había perdido o en todo caso cambiado de lugar. Cada día estaba más cerca de su abuela, desde hace tiempo muerta y cuando se sorprendía a sí mismo oyendo florida el habla de sus paisanos, cuando las palabras de los otros llegaban primero como un oleaje pintoresco y luego se reventaban dejando tras de sí la incierta cauda de sus referencias, se sabía definitivamente desterrado, a hablar su propia lengua materna como si fuese una lengua extranjera, un idioma que hubiese aprendido en la infancia remota y que ahora resurgiera ante él apenas disimulado en el habla de quienes lo rodeaban. Recordó que su abuela no dejaba de hablar francés por el hecho de hablarlo mal, pero se preguntó, no sin antes sonreír para sus adentros, cuál sería la reacción de los vecinos si lo oyeran hablar aquel español que tanto había olvidado y que ahora pronunciaba, como quien pisa hielo, de la manera más cautelosa, cuidando de que los acentos no resbalaran y lo hicieran caer en el ridículo.

Adolfo Castañón

